

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE LUZ

Francisco A. Coloane.

—¡La gallina no! —gritó el guardián 1ª del Faro, Oyarzo, interponiéndose entre su compañero y la pequeña gallina de color flor de haba que saltó cacareando desde un rincón.

Maldonado, el otro guardafaro, miró de reojo al guardián 1ero con una mirada en la que se mezclaba la desesperación y la cólera.

Hace más de quince días que el mar y la tierra luchan ferozmente en el punto más tempestuoso del Pacífico Sur : el Faro Evangelistas, elevado y solitario islote que marca la entrada occidental del Estrecho de Magallanes, y sobre cuyo pelado lomo se levantan la torre del faro y su fanal como única luz y esperanza que tienen los marinos para escapar de las tormentas oceánicas.

La lucha de la tierra y el mar es allí casi permanente. La Cordillera de los Andes trató , al parecer, de oponerle algunos murallones, pero en combate de siglos todo se ha resquebrajado; el agua se ha adentrado por los canales, ha llegado hasta las heridas de los fiordos cordilleranos y sólo han permanecido abofeteando al mar los puños más fieros, cerrados en dura y relumbrante roca coma el Faro Evangelistas.

Es un negro y desafiante islote que se empina a gran altura. Sus costados son lisos y cortados a pique

La construcción del faro es una página heroica de los bravos marinos de la Subinspección de Faros del Apostadero Naval de Magallanes, y el primero que escaló el promontorio fue un héroe anónimo como la mayoría de los hombres que se enfrentan con esa naturaleza.

Hubo que izar ladrillo tras ladrillo. Hoy mismo, los valientes guardafaros que custodian el fanal más importante del Pacífico sur, están totalmente aislados del mundo en medio del océano. Hay un solo y frágil camino para ascender del mar a la cumbre: es una escala de cuerdas llamada en jerga marinera "escala de gato", que permanece colgando al borde del siniestro acantilado. Los víveres son izados de las chalupas que se atracan al borde por medio de un winche instalado en lo alto e impulsado a fuerza de brazos.

Un escampavía de la Armada Nacional sale periódicamente de Punta Arenas a recorrer los faros del Oeste, proveyéndolos de víveres y de acetileno.

La comisión más temida para, estos pequeños y vigorosos. transportes de alta mar es Evangelistas pues cuando hay mal tiempo es imposible acercarse al faro y arriar las chalupas balleneras con que se transporta la provisión

Como una advertencia para esos marinos, existe a unas millas al interior el renombrado puerto de "Cuarenta Días", único refugio en el cual han estado durante todo este tiempo barcos capeando el temporal. Algunas veces un escampavía, aprovechando una tregua, ha salido a toda máquina para cumplir su expedición y ya al avistar el faro se ha desencadenado de nuevo el temporal, teniendo que regresar otra vez al abrigado refugio de "Cuarenta Días."

Esta vez la tempestad dura más de quince días tempestad de afuera, de los elementos en la que el enhiesto peñón se estremece y parece quejarse cuando las montañas de agua se descargan sobre sus lisos costados porque adentro, bajo la torre del faro en un corazón humano, en un cerebro acribillado por la marejadas de goterones de lluvia repiqueteando en el techo de zinc, en una sensibilidad castigada por el aullido silbante del viento rasgándose en el torreón, en un hombre débil y hambriento se está desarrollando otra lenta y terrible tempestad.

Era la segunda vez que Oyarzo salvaba la milagrosa y única gallina de los ímpetus desesperados de Maldonado. La gallina había empezado a poner justamente el mismo día en que iba a ser sacrificada.

Los guardafaros habían agotado todos los víveres y reservas. El escampavía se había atrasado ya en un mes, y el temporal no amainaba, embotellándolo seguramente en el puerto de Cuarenta Días".

Como por un milagro de la Providencia la gallina ponía todos los días un huevo que, batido con un poco de agua con sal y la exigua ración de cuarenta porotos signada a cada uno, servía de precario alimento a los dos guardafaros.

—¡Toma tus cuarenta porotos! —dijo Oyarzo alargando la ración a su compañero.

Maldonado miró el diminuto montón de fréjoles en el hueco de su mano ¡Nunca —pensó— su vida había estado reducida a esto! ¡No —ahora recuerda— sólo una vez ocurrió lo mismo en el Faro San Fénix, cuando al póker perdió su soldada de dos años y convertida también en un montón de porotos pasó de sus manos a la de sus compañeros!

Pero eran sólo dos años de vida y ahora éstos constituían toda su vida, la salvación de las garras de la sutil pantera del hambre que en su ronda se acercaba cada día más al faro.

¡ Y este Oyarzo —continuaba en las reflexiones de su cerebro debilitado— tan duro, tan cruel, pero al mismo tiempo tan fuerte tan leal Se había ingeniado para racionar la pequeña cantidad de porotos muy equitativamente, y a veces, le pesaba hasta unos cuantos más, sacrificando su parte. Hasta la gallina tenía su ración, se los daba con conchuela molida y un poco recalentados para que no dejara de poner.

Cada día y cada noche que pasaban bajo el estruendo constante del mar embravecido, la muerte estaba más cerca y el hambre hincaba un poco más su lívida garra en esos dos seres.

Oyarzo era un hombre alto, huesudo, de pelo tieso y tez morena. Maldonado era más bajo delgado y en realidad más débil.

Si no hubiera sido por aquel hombronazo, seguramente el otro ya habría perecido con gallina y todo.

Oyarzo era el sabio artífice que prolongaba esas tres existencias en un inteligente y denodado combate contra la muerte, que se colaba por el resquicio del hambre. ¡La gallina, el hombre y el hombre! ¡La energía de unos diminutos fréjoles que pasaba de una a otros! ¡El milagro del huevo que día a día levantaba las postreras fuerzas de esos hombres para encender el fanal, seguridad y esperanza de los marinos que surcaban la desdichada ruta!

Maldonado empezó a obsesionarse con una idea fija: la gallina Debilitado, el hambre, después de corroerle las entrañas como un fuego horadante y lento, empezaba a corroerle también la conciencia, y algunas luces siniestras, que él trataba en vano de apagar, empezaron a levantarse en su mente.

Por fin llegó a esta conclusión: si él pudiera saciar su hambre una sola vez, moriría feliz. No pedía nada más.

Sin embargo, no se atrevía a pensar o a llegar hasta donde sus instintos lo empujaban. ¡No! ¡El no era capaz de asesinar a su buen compañero para comerse la gallina!

Pero, ¡qué diablos! —decía— y se ponía a temblar y se daba vuelta, asustado, como si alguien lo empujara a empellones al borde de un abismo.

El mar seguía con su ronco tronar envolviendo al faro, la lluvia con su repiqueteo incesante contra el zinc y el mugido del viento que hacía temblar la torre en cuyo alto seguía encendiéndose todas las noches el fanal, gracias al huevo de una gallina y a la reciedumbre de un hombre.

Las tempestades del mar no son parejas, toman aliento de cuatro en cuatro horas. En una de estas culminaciones, una noche arreció en tal forma, que sólo podía compararse con un acabo de mundo. El trueno del mar, el aullido e viento y las marejadas de lluvia que se descargaban sobre el techo, estremecían en tal forma al peñón, que éste pareció desprenderse de su base y echarse a navegar a través de la tempestad.

Adentro la tormenta también llegó a su crisis.

Maldonado, sigilosamente entre las sombras, se dirigió puñal en mano al camarote de Oyarzo, donde éste guardaba cuidadosa mente la gallina milagrosa, por desconfianza hacia su compañero.

Maldonado no había aclarado muy bien sus intenciones. Angustiado por el hambre, avanzando hacia un todo confuso y negro, no había querido detenerse mucho a determinar contra quién iba puñal en mano. El iba a apoderarse de la gallina simplemente una vez muerta, ya no habría remedio, y Oyarzo tendría que compartir con él la merienda pero si se interponía como antes... ¡ah!, entonces levantaría el puñal, pero para amenazarlo solamente.

¿Y si aquél lo atacaba? ¡Diantres, aquí estaba, pues, ese todo confuso y negro contra el cual iba a enfrentarse atolondrado y ciego!

~~Abrió la puerta con cautela.~~ El guardián lero precia dormir profundamente. Avanzó tembloroso hacia el rincón donde sabía se encontraba la gallina, pero en el instante de abalanzarse sobre ella, fue derribado de un mazazo en la nuca.. El pesado cuerpo de Oyarzo cayó sobre el suyo y de un retorrijón de la muñeca hízole soltar el puñal.

Casi no hubo resistencia. El guardián lero era muy fuerte y

después de dominarlo totalmente, lo ató con una soga con las manos a la espalda.

—¡No pensaba atacarte con el cuchillo; lo llevaba para amenazarte no más en caso de que no hubieras permitido matar la gallina! —dijo con la cabeza agachada y avergonzado el farero. Al día siguiente, estaba atado a una gruesa banca de roble, con las manos atrás aún.

—¡Para eso también se necesita valentía! —exclamó el guardián lero con indiferencia y desprecio y continuó trabajando y luchando contra las ganas del hambre. Hizo el batido de huevo con los porotos, y con su propia mano fue a darle de comer al amarrado su ración. Este con los ojos bajos recibió las cucharadas, pero a pesar del hambre que lo devoraba, sintió esta vez un atoro, algo amargo cuando el alimento pasó por su garganta.

—¡Gracias —dijo al final—, perdóname, Oyarzo!
Este no contestó.

El temporal no amainó en los siguientes días. La avalancha de agua y viento seguía igual.

—¡Suéltame, voy a ayudarte, te sacrificas demasiado —dijo una mañana el apresado, y continuó con desesperación—: ¡Te juro que no volveré a tocar una pluma de la gallina!

El guardián lero miró a su compañero amarrado, éste levantó la vista y los dos hombres se encontraron frente a frente con sus miradas. ¡Estaban exhaustos, débiles, corroídos por el hambre! Fue sólo un instante: los dos hombres parecieron comprenderse en el choque de sus miradas, luego los ojos se nublaron.

—¡Todavía lucharé solo; ya llegará la hora en que tenga que soltarte para el último banquete que nos dará la gallina ¡—dijo Oyarzo con cierto tono de vaticinio y duda.

Las palabras resonaron como un latigazo en la conciencia del farolero. Hubiera preferido una bofetada en pleno rostro a esa frase cargada con el desprecio y la desconfianza de su compañero

Pero la milagrosa gallina puso otro huevo al siguiente día. Oyarzo, preparó, como siempre, la precaria comida. Iban quedando sólo las últimas raciones de fréjoles.

Otra vez se acercó al preso con la exigua parte de porotos levantó la cuchara a medio llenar, como quien va a dar de comer a un niño pero al querer dársela, el farero con la cabeza en alto y la mirada duramente fija en su dadivoso compañero, exclamó rotundamente:

—¡No, no como más; no recibiré una sola migaja de tus manos!

Al guardián lero se le iluminó la cara como si hubiera comprendido algo de súbito, como si hubiera recibido una buena nueva. Miró a su compañero con cierta atención y de pronto con una extraña sonrisa en que se mezclaban la bondad y la alegría dejó a un lado el plato de comida y desatando las cuerdas dijo: —Tienes razón; perdóname, ya no mereces este castigo; otra vez Evangelistas tiene a sus dos fareros.

—¡Sí, otra vez! —dijo el otro, levantándose ya libre y estrechando la mano de su compañero.

...

Cuando se hubo entregado los víveres y el Comandante del escampavía fue a ver las novedades del faro, le extrañó un poco algunas Huellas de lucha que observó en la cara de los dos fareros. Miró fijamente a uno y otro, pero antes que los interrogara, se adelantó Oyarzo, sonriendo y acariciando con la ruda mano la delicada cabeza de la gallina flor de haba que cobijaba bajo su brazo, dijo:

-¡Queríamos matar la gallina de los huevos de oro, pero ésta se defendió a picotazos...!

—¡LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE LUZ, querrá decir, porque cada huevo significó una noche de luz para nuestros barcos? —dijo el Comandante, despidiéndose.

